



Composición de Manolo Millares.

brimiento de la obra de Manolo. Yo mismo hice el pequeño estudio preliminar que abre su catálogo. La exposición era buena, magnífica me atrevería a decir y, en ella, se exhibe gran parte de la obra, que ya es propiedad de la galería, aunque también había bastantes cuadros de otras colecciones particulares.

Pero yo, más que una crónica de la exposición de Millares, lo que pretendía era hacer una leve crónica del enriquecimiento de ese sector con una nueva galería de arte.

Se me olvidaba decir que allí mismo y, en la esquina misma de Consejo de Ciento con Rambla de Cataluña, está también la joven y entusiasta galería Gaudí, que comanda Paco Rodón. Y que, un poco más allá, también en Consejo de Ciento, trabaja la galería Ciento, a la que a mí siempre me gustaría llamarla ciento por uno. Espero y aun deseo que continúe la lista de galerías barcelonesas enclavadas en este sector. Un galerista, teniendo en cuenta la competen-

cia, podría quizá decir que no, que ya está bien la proliferación de galerías en un sector. Sin embargo, yo, pensando por el momento en el negocio y sólo en el negocio, pienso que no, que la competencia se lleva mejor con la competencia. Y a este respecto digo siempre una frase en la que creo verdaderamente: si en Valencia no hubiese más que un solo naranjero, probablemente vendería mucho peor sus naranjas que en el conjunto de todos los naranjeros valencianos. Yo creo que Barcelona es una ciudad productora de arte. No estoy ahora haciendo ningún elogio: simplemente constato una situación. Barcelona produce tejidos y arte. También dicen que es una ciudad de ferias y exposiciones, pero de eso no entiendo yo nada. Bueno, pues esa ciudad productora de arte está muy bien que tome sus provisiones para vender bien lo que produce. Madrid también es una ciudad productora de arte, pero eso es otra cosa y sus galerías también son otra cosa. ■ **JOSE MARIA MORENO GALVAN.**



Retorno al pasado

Mike Oldfield ocupa un lugar importante dentro del llamado "rock" sinfónico; no cae en el efectismo barato característico de ese tipo de música, y se mantiene a un nivel de calidad muy superior a la media. Superando las evidentes contradicciones que hay entre los conceptos "rock" y "sinfonía" —dos formas de ver la vida, distintas por completo— crea un mundo sonoro basado en lo popular, en el folklore, y desarrollado a la manera de Tchaikowsky, con quien tiene más de un punto de comparación. Oldfield lleva realizados tres álbumes, tres sinfonías: "Tubular Bells" —del que existe una versión orquestal bastante inferior en calidad al original—, "Hergestrige" y "Ommadawn" (1). En los tres ha alcanzado niveles expresivos reservados hasta ahora a compositores elitistas y a un público minoritario. Precisamente ese ha sido uno de los hallazgos más importantes de la cultura "pop": poner al alcance de una mayoría lo que antes estaba reservado a unos pocos, acabando con el mito de la imbecilidad de las masas.

Escuchar "Ommadawn" es un viaje nostálgico, una vuelta a un pasado cercano y entrañable: Oldfield ha realizado —no sé si de una forma consciente o no— una reflexión sobre el mundo musical de la mitad de los sesenta, una recreación del ambiente "Peace and Love" en el que se movían grupos como Incredible String Band o los primeros Tyrannosaurus Rex; ha recuperado la magia y el encanto de un momento histórico en el que todavía se tenían esperanzas. La gran diferencia estriba en la complejidad instrumental y en la riqueza de producción: es evi-

dente que la música se ha desarrollado. Sin embargo, los mitos de la era "hippy" siguen presentes desde el mismo título del disco, que tiene las resonancias orientales adecuadas; Oldfield, en una entrevista concedida a Karl Dallas en octubre del 75, niega que esa palabra tenga significado alguno; Dallas, sin embargo, lo refiere a la palabra galesa "Amadan", que significa el loco; por otra parte está la sílaba "Om" —clave o nombre de Dios— que, unida a "dawn" —aurora en inglés— adquiere un significado esperanzador. Hay muchas otras cosas que pueden hacer considerar este disco la obra de un "hippy" tardío: la inclusión de instrumentos folklóricos de todo el mundo —procedimiento ya empleado en su día por Incredible String Band— hace que la sinfonía pertenezca a un "folklore de ninguna parte", a un país de las maravillas que no es otro sino nuestra pequeña aldea global, el planeta Tierra. Oldfield hace una música por completo descriptiva, remite a un mundo mágico que puede ser identificado con las creaciones de Tolkien; el empleo de aparatos electrónicos, como el sintetizador, añade a los instrumentos folklóricos y a los ritmos simples una dimensión de magia y misterio.

"Ommadawn" es una obra desarrollada a partir de un tema central, tal vez en exceso repetitivo, en torno al cual se van enlazando —sin contradecirse nunca— ritmos y melodías extrañas de folklores tan alejados entre sí como el galés, el centroafricano y el griego. Oldfield ha empleado para su grabación —verdadero *tour de force* de producción— unos veinticinco instrumentos, de los cuales él toca quince: arpa, guitarras acústica, eléctrica y de doce cuerdas, mandolina, bodhran, bazouki, banjo, espineta, bajos eléctrico y acústico, piano, órgano electrónico, sintetizador y percusión... Además de todo esto, va respaldado por Herbie, a la flauta de Northumbria; Terry Oldfield, flauta de Pan; Pierre Moerlin, tímpano; David Strange, cello. Los percusionistas africanos de Jabula, la Hereford City Band y un coro de niños acaban de completar el personal que ha hecho posible una grabación en la que van unidos extremos al parecer por completo contradictorios: simplicidad y complejidad, "rock" y música sinfónica... ■ **EDUARDO HARO IBARS.**

(1) Los tres editados y distribuidos bajo el sello Virgin-Ariola.